

Bibliografía

INTRANSIGENTE, SI. DISIDENTE, NO

Narciso Bassols, *Obras* (Introducción de Jesús Silva Herzog y preámbulos de Alonso Aguilar M. y Manuel Mesa Andraca). Fondo de Cultura Económica, México, 1979, (primera reimpresión), 979 páginas.

La primera edición de este libro se hizo en 1964 cinco años después del fallecimiento de don Narciso Bassols. Designar como reimpresión a la que ahora nos da la misma editorial, denota que ni siquiera se corrigieron sus errores ortográficos, por ejemplo: la línea faltante en la página XIX, antes del renglón núm. 15 (a contar desde abajo) y que debió ser: "exposición de motivos redactada con posterioridad a su vigencia por el señor licenciado". Trátase de una cita de *El problema agrario de México*, cuyo autor es Lucio Mendieta y Núñez. Otros casos son los de la p. XXI, renglón 17 (a contar desde arriba) y de las pp. XXIII y 3, en los que las erratas en las fechas llevan las cosas del siglo XX al XIX.

Para las personas que no conocieron al autor, debemos decir que sus *Obras* (artículos, conferencias, discursos, folletos, libros, etc.) son fiel reflejo de su actuación política. El documento suele ser a veces la acción misma, como la memorable carta que dirigió al presidente Miguel Alemán, sobre la modificación al artículo 27 de la Constitución Política.

Quienes tuvimos ocasión de tratarlo podemos afirmar que no fue lo que se llama generalmente un escritor político, un politólogo que, desde su estudio, arregla el mundo; no aspiró tampoco a ser algo como periodista profesional o funcionario de carrera. No le interesaba escribir como fin en sí; perseguía, por sobre todo, la actuación política. Cuando se pone a escribir un libro es para defender la Ley Agraria de 1927, de la que había sido autor, porque los latifundistas la habían hecho derogar a las pocas semanas de promulgada.

En vida, probablemente no se hubiera puesto a escribir "sus" obras, porque su inquietud no andaba por ahí, como lo hizo notar acrememente el presidente Ruiz Cortines, a quien impacientaba la inquietud de su consejero, el licenciado Bassols. Mucho menos hubiera escrito su autobiografía.

El pensamiento político de Bassols es un trasunto, pues, de sus actividades. Hizo declaraciones expresas en el sentido de que, para él, la política sólo era concebible como acción destinada a transformar la realidad.

Dos observaciones de principio habría que hacer sobre este libro: establecer el pensamiento político del autor en relación con el proceso de la Revolución mexicana, la que consideró como viva mientras no se realizaran sus objetivos. Consideró que las teorías que predicar su obsolescencia están cargadas de la intención de encubrir el incumplimiento de sus postulados, la irresponsabilidad o francamente la traición.

Asimismo, analizar si su pensamiento político debe considerarse como un parámetro (según ahora dice) de la Revolución mexicana, o por lo menos como un indicador. Más vale, para este objeto, acudir al pensamiento de Luis Cabrera, Plutarco Elías Calles o Lázaro Cárdenas, por ejemplo. Esto es, acudir a los hombres de la Revolución y no a los *scholars*.

En seguida conviene aclarar que en ningún momento de su vida, puede considerársele como un disidente de este gran movimiento. Su realismo político, constantemente demostrado, lo impulsó a luchar siempre dentro de las condiciones de la Revolución. Batallar por la efectividad del sufragio, por la representación proporcional o por la auténtica *no* reelección, como él lo hizo, no es precisamente disentir de los programas, tradiciones y leyes fundamentales de nuestra Revolución.

Hay otras piedras de toque más concluyentes para calibrar sus juicios y actuaciones, como la cuestión agraria. Allá por la década de los veinte, defendiendo la Ley Agraria que había redactado, dijo que el agrarismo era "...lo único que en la Revolución *no* es farsa ni bandera de las burguesías". Años más tarde, en el periódico *Combate*, declaró que "...el más grande de los principios de la Revolución mexicana habrá sido aniquilado y se habrá cometido un inmenso error y una traición sin nombre", al aludir a las apostasías en materia agraria de aquel tiempo (*Cfr.* las pp. XXXVII y XXIII de este libro).

El lector considerará la introducción de don Jesús Silva Herzog, quien trató de cerca al autor en importante período de su vida como amigo y colaborador. Es un ensayo

biobibliográfico clarividente, como corresponde hacerlo a un hombre de acción. Con pluma brillante y acuciosa sigue al sujeto hasta el fin de su vida. Sus análisis e interpretaciones, por serenas y perspicaces, auxilian fundamentalmente en la comprensión de los materiales coleccionados.

Antecedentes a cada una de las partes de este libro preámbulos de cercanos colaboradores de Bassols en diversas etapas de sus actividades (Manuel Mesa A. y Alonso Aguilar M.), que saben situar y dar unidad a diversos escritos del autor, sobre muy distintas materias, principalmente artículos y discursos.

Es frecuente que estas piezas correspondan a polémicas de interés relevante, sostenidas siempre con espíritu constructivo, propósitos patrióticos o de honesta preocupación por la defensa de intereses sociales y populares.

Es demostrativa al respecto la controversia sostenida sobre el Tratado de Río de Janeiro de Defensa Continental de 1947. Palabras de Bassols son las siguientes: "...Como lo dice don Luis Cabrera: un siglo después de haber perdido a manos de los Estados Unidos la mitad de nuestro territorio, ahora de lo que se trata es de entregarle la mitad de nuestra independencia" ("México no es buey manso", en *Excelsior*, 31 de marzo de 1947). "Bien es verdad que, al incorporarnos a esa extraña defensa continental —que a lo mejor nos lleva a 'defender' al Continente Americano en Grecia o en los pozos petroleros del Cercano Oriente— al poner en práctica la alianza con los EEUU, como él teme [Cabrera], es muy posible que el peligro de perder nuestra independencia... se convierta en inmediata realidad..." (Cfr. pp. 802 y 803).

En tanto hombre de acción, nos parece válido recordar algunos datos conocidos sobre su vida, que respaldan las piezas documentales contenidas en este libro. Nos los dio en conversaciones eventuales, que, como afirma Silva Herzog en su proemio, daban al interlocutor de Narciso Bassols conceptos justos sobre el hombre.

El autor y su familia sufrieron la represión de la dictadura de Porfirio Díaz; esa persecución, según Bassols, siempre estuvo actuante y trascendía a los familiares y amigos del reprimido. Su padre estuvo emparentado con don Sebastián Lerdo de Tejada y esta fue causa suficiente, un día que, en encuentro fortuito, el dictador lo identificó. A éste le escoció siempre que Lerdo de Tejada, Presidente Constitucional de la República, hubiera resistido el asalto al poder de un general faccioso. Esta persecución de Díaz influyó en la formación política de Bassols, sin duda.

Asimismo, como otro ejemplo, la circunstancia de que, en unión de compañeros estudiantes, hubiera entrevistado al general Francisco Villa, allá por 1914, en Tacuba, a bordo de su tren militar. Esta conversación con el jefe de la División del Norte, como elemento de formación política, equivale a muchas lecturas y reflexiones. Quizá les obsequió ejemplares del *Periódico Oficial* del estado de Chihuahua y el órgano de la División del Norte llamado *Vida Nueva*, donde constaban los elementos del pensamiento agrario villista, a saber: la propiedad agraria se declaró asunto de utilidad pública; la pequeña propiedad tenía un máximo de 25 hectáreas; se

legitimaba la expropiación por causa de utilidad pública mediante indemnización, pero no en los casos de terrenos inútiles o que estuvieran siendo aprovechados o trabajados directamente por sus dueños; se preconizaban la parcelación de los latifundios y tipos de adjudicación *no* gratuita y se protegía el patrimonio familiar.

Estos antecedentes debió considerarlos quien llegó a ser el autor de la Ley Agraria de 1927, lo mismo que los de la facción constitucionalista (la Ley Agraria de enero de 1915 y otros como el Plan de Ayala de 1911).

Según la estructura de este libro (I. Los años de formación ideológica; II. Dentro del Gobierno; III. La lucha contra el fascismo; IV. Ante la segunda guerra mundial; V. Hacia la unidad de la izquierda, y VI. Por la independencia nacional y la paz), parecería que su período de formación política hubiera sido una etapa de preparación para entrar al gobierno. Esto no deja de tener cierto humor involuntario que hubiera hecho sonreír al licenciado Bassols. Notoriamente, en el célebre debate sobre el derecho nuevo, él declaró su irrestricta libertad y su antipatía hacia toda forma de oportunismo.

Se puede comprender que la periodización o sincronía, imprescindibles para ubicar materiales tan diversos, no implican necesariamente el parcelamiento en períodos formales.

Fuera de periodizaciones convencionales, nos parece que en la primavera de 1924, cuando tuvimos el gusto de conocer al licenciado Bassols, entonces cercano a los treinta años, ya era muy bien puesto y formado. Fue a propósito de su arremetida revolucionaria, al abrirse los cursos de la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional, contra los carcamales porfiristas y huertistas que presidían la respectiva ceremonia. Por paradoja muy mexicana, el director de la facultad había sido uno de los numerosos diputados puestos en prisión por Victoriano Huerta.

Un método para el investigador de la Revolución mexicana que no dejara de considerar a Bassols como uno de sus exponentes, a partir del final de la década de los veinte, puede ser, en principio, clasificar con rigor cartesiano los temas y tópicos de este libro, dentro del imprescindible contexto histórico.

Sobre un esquema temático, habría de considerar, vgr., a Bassols, militante político de la Revolución, como precursor de la actual reforma política; dentro de lo social, su labor en el terreno educativo. En las relaciones internacionales de México, con una posición definidamente nacionalista y anti-imperialista y de urgente lucha por la paz; también dentro del tema candente de hoy, la cuestión agraria. Los enjuiciamientos del autor sobre el asunto tienen validez actual, lo mismo que sobre la cuestión indígena.

La importancia histórica del pensamiento y la acción de Narciso Bassols es indudable. Será fuente obligada de consulta o referencia. Sus posiciones trascienden al México de hoy.

Fue siempre duramente combatido por sus opositores: la derecha confesa y la "izquierda oficial", como él la llamaba. El espectro de ésta iba desde el oportunismo embozado hasta

la reacción cínica. Lo consideraban los grandes dirigentes del sindicalismo alineado y de las oligarquías, como un francotirador en el mejor caso. Cada vez que era posible trataban de marginarlo. A esa izquierda existencialista, él la consideraba como agente constante de la desmovilización de las masas, porque entregaba sin ventaja política posiciones ganadas con sacrificio.

Su austero racionalismo le vedaba predecir, pero la entrega de posiciones a la reacción en materia agraria, o los subsidios al capitalismo criollo dependiente del imperialismo, derivaron hacia situaciones reales que él oportunamente denunció a la opinión pública.

Llegó a ser más peligroso para la reacción y sus aliados, que muchos dirigentes de coro u organizaciones de membrete. Estuvo así en la mira de todas las malas intenciones; pero él, con toda serenidad y convicción, cumplió enérgicamente sus deberes políticos: el de hacer la revolución, el primero de todos. Al despedirse de él para siempre, Lázaro Cárdenas lo caracterizó como un gran hombre. *Luis Córdova*.

LA SALUD Y LA MUERTE DESIGUALES

Daniel López Acuña, *La salud desigual en México*, Siglo XXI Editores, México, 1980, 247 páginas.

Esta obra constituye uno de los mayores esfuerzos realizados en México por demostrar la lógica de clase de una práctica y un discurso que, parapetados en la "medicalización" del fenómeno salud-enfermedad, ocultan su contenido clasista. En otras palabras, verificar que detrás de la salud y la enfermedad se encuentran agentes sociales, y no únicamente bacterias o virus, implica enfocar la problemática desde una dimensión económico-política. En efecto, el libro es un ejemplo de cómo el proceso de salud-enfermedad escapa a meros determinantes biológicos, individuales y, por tanto, debe situarse en el terreno mismo de las contradicciones que sacuden a una sociedad, en este caso, la mexicana.

López Acuña dividió su libro en siete capítulos que comprenden un resumen de los "vicios" del sector salud, tales como la escasa cobertura poblacional de los servicios prestados por las instituciones de seguridad social, la inequitativa distribución de recursos humanos y materiales entre los diferentes organismos encargados de proporcionar dichos servicios, la anárquica política de formación de personal y los escasos recursos financieros canalizados hacia la investigación. Asimismo, el autor ilustró la política estatal en lo que a asignación de recursos para la salud concierne, con gran profusión de datos.

Al finalizar el texto, propone opciones democráticas y populares para una política de salud que, efectivamente, haga suyas las necesidades secularmente insatisfechas de las clases trabajadoras mexicanas.

Los datos que presenta el autor en lo referente al estado de salud de la población son alarmantes: por ejemplo en México, las enfermedades infecciosas y parasitarias represen-

taban en 1975 "más de la cuarta parte de las muertes" (p. 51). Si bien éstas no han sido completamente desterradas de los países capitalistas desarrollados (como Estados Unidos) o de los socialistas (como Cuba), por lo menos su incidencia sí se ha reducido. Peor aún, México "ocupa el quinto lugar en América" (p. 56) en lo que se refiere a la tasa de mortalidad general; esto es, por encima de naciones como Nicaragua, Perú y República Dominicana, por citar sólo algunas de ellas.

Ahora bien, la visión panorámica del estado de salud en México debe estar relacionada con el análisis de factores, que, en otros estudios, aparecen como exteriores al campo de la salud. Es por ello que Daniel López Acuña incluye, acertadamente, un breve recuento de las estadísticas referentes a las "condiciones ambientales", a "las grandes carencias de saneamiento y de vivienda", a la relación entre alimentación y distribución del ingreso y, por último, aunque muy escuetamente, a la relación entre salud y proceso de trabajo.

La "ojeada" previa sobre el estado de salud de los mexicanos permite decir a López Acuña que el "panorama general... es un estado de insalubridad, desnutrición y altas tasas de enfermedad y muerte que semejan, en ocasiones, la situación de salud de los países europeos en las fases iniciales de la revolución industrial" (p. 93).

A la situación señalada, se suman otros elementos explicativos del estado de salud en México y que enumeramos sucintamente. El autor menciona las desiguales posibilidades de acceso de los mexicanos a los servicios de salud. En cifras, esto se traduce en el hecho de que mientras 22 millones de personas están cubiertas por los servicios de alguna de las instituciones de seguridad social, el resto acude *teóricamente* a las instituciones de asistencia social; empero, como la capacidad de éstas alcanza sólo a cubrir entre 15 y 18 millones de personas, en 1975 entre "20 y 25 millones de mexicanos carecían en forma permanente de servicios de salud" (p. 105).

Estos hechos se ven agravados por la desigualdad de recursos humanos, materiales y financieros de que disponen las instituciones de seguridad social y las de asistencia social. Ello implica, por consiguiente, desigualdades en la calidad de los servicios de salud prestados por uno y otro género de instituciones.

La hegemonía del discurso médico, que otorga prioridad a factores biológicos, individuales, en la explicación del proceso de salud-enfermedad, es correlativo a una práctica médica esencialmente curativa y se refleja en una reducida proporción del gasto público para mejorar los niveles de salud de la población mediante acciones prioritariamente preventivas. Más aún, la crisis actual ha generado, entre muchas otras consecuencias, la contracción del gasto público en este sector, lo que implica un deterioro aún mayor en las condiciones de salud de la mayoría de los mexicanos. Al respecto cabe mencionar que, mientras el gasto de inversión en hospitales y centros asistenciales representó en 1970 4.8% del total de la inversión pública federal, en 1979 esa cantidad se había reducido a 2.9 por ciento.

¿Cuáles son las opciones que propone el autor para fortalecer una "política sanitaria, democrática y popular"? Estas serían: la configuración de una "autogestión colectiva

de la salud" (p. 237), surgida de "decisiones comunitarias", y la incorporación de las "reivindicaciones de salud a los planteamientos sindicales y gremiales" (p. 238). Empero, lo que es más importante, "los planteamientos alternativos en el campo de la salud tienen que volverse una instancia política" (p. 239). Dichos planteamientos deberían concretarse, según López Acuña, en la creación de un sistema nacional de salud capaz de hacer efectivo el derecho a ésta, transformando el patrón de prestación de servicios y dando prioridad a la atención preventiva.

El libro comentado ofrece, además, una nueva perspectiva de análisis: democratizar el secreto médico. Esta propuesta, como afirma el propio autor, implica echar por tierra las divisiones artificiales entre saberes, con sendos depositarios de parcelas de ciencia. Sin embargo, de mayor relevancia que democratizar el secreto médico, es que sean las propias clases populares las que definan sus necesidades en esta área: aquí radica la importancia de la politización de la salud.

Sin embargo, consideramos que si bien el punto de partida metodológico del autor es correcto, existen algunas deficiencias en el tratamiento del tema. López Acuña plantea, acertadamente a nuestro juicio, que el proceso de salud-enfermedad es colectivo y que, en consecuencia, su estructuración está determinada por "las condiciones generales de vida de la población y de la base económica y social en que éstas se producen" (p. 19). A pesar de esta afirmación, López Acuña no concreta este principio teórico en las pautas de su investigación. Nos referimos al hecho de que no queda definido en qué forma la salud es un terreno específico de la lucha de clases. No hay referencia alguna, a lo largo de su trabajo, a las posiciones, frente al problema de la salud, de los grupos empresariales, de los sindicatos independientes o de los sindicatos corporativizados. Al contrario, el autor hace mayor hincapié en las políticas estatales de salud, lo cual no agota, evidentemente, el campo de los antagonismos sociales. Por ejemplo, la reducción reciente del gasto público en salud no es explicable sólo por la hegemonía de la teoría económica monetarista (véase la p. 212) frente al keynesianismo, como si la cuestión de la magnitud y la orientación del gasto público enfrentara únicamente a distintas fracciones de la burocracia y tecnocracia políticas. Pensamos que la explicación de este fenómeno debe buscarse mucho más en los enfrentamientos entre el capital, el trabajo y el Estado.

El haber visualizado al Estado como agente central del proceso de salud-enfermedad condujo a López Acuña a descartar el análisis de las condiciones de salud de las clases trabajadoras mexicanas en función de la estructura productiva. En palabras de otro investigador sobre la misma problemática, estaría ausente la explicación de cómo "el perfil epidemiológico de la sociedad" mexicana está determinado por "las formas de desgaste y reproducción de las clases sociales".¹ Aquí radica justamente la relevancia de este enfoque: el cuestionamiento de los trabajadores al deterioro de su salud que causan las condiciones de trabajo, lleva al cuestionamiento del consumo capitalista de la fuerza de trabajo, al cuestionamiento de las relaciones capitalistas.

La renuencia de López Acuña a globalizar teóricamente el problema (lo que se manifiesta en un acopio de datos seguidos de cortas conclusiones al final de cada capítulo) lo lleva a dejar sin respuesta algunas preguntas que surgen de la presentación del rico material que aporta. Por ejemplo, ¿por qué los sistemas de seguridad social cubren, sobre todo, a los trabajadores de las grandes empresas, a los sindicalizados, a los sometidos a las más altas tasas de explotación? ¿Por qué todo parece como si existieran dos mecanismos diferentes para "reparar" los daños producidos a la salud, según el tipo de inserción de los trabajadores en el proceso productivo? En otras palabras, ¿en qué medida la lógica de la acumulación capitalista se refleja no sólo en las políticas de salud, sino también en las posturas de los grupos patronales y de las organizaciones obreras frente a esa cuestión?

Independientemente de estos comentarios críticos, destacamos nuevamente el valor de esta interpretación y de la presentación de opciones populares en el ámbito capitalista mexicano de la salud y de la muerte desiguales, y de la necesaria elaboración de una crítica de la economía política de la salud. *Enrique Rajchenberg.*

UNA MEDICINA AMARGA

Ruy Pérez Tamayo, *Serendipia. Ensayos sobre ciencia, medicina y otros sueños*, Siglo XXI Editores, México, 1980, 236 páginas.

Daniel López Acuña, *La salud desigual en México*, Siglo XXI Editores, México, 1980, 247 páginas.

Hace tiempo, al reseñar algunos libros de varios médicos italianos, publicados por la editorial Nueva Imagen,¹ señalamos que era urgente disponer de estudios semejantes aplicados a la realidad mexicana.

Ahora, con los libros que se reseñan, Siglo XXI inicia la serie Salud y Sociedad, para difundir trabajos relativos a esos problemas trascendentales. Empero, mientras las obras de los autores italianos convergen en sus estimaciones y estadísticas sobre la enfermedad y la muerte en su país, las de los médicos mexicanos producen en el lector un gran desconcierto. Así, el autor de *Serendipia* afirma que en México no existe información veraz, científicamente recabada y estadísticamente confiable sobre la realidad patológica mexicana. Por su parte, el autor de *La salud desigual en México* fundamenta su demoledor "yo acuso" con 69 cuadros estadísticos y 11 representaciones gráficas, provenientes de fuentes diversas. Según el primero, sólo existen suposiciones respecto a la enfermedad y la muerte en el país; de acuerdo con el segundo, se sabe más de lo que comúnmente se cree.

En realidad, mientras que la obra de López Acuña supone una amplia investigación, la de Pérez Tamayo se limita a transmitir algunas de las ideas del autor acerca de su profesión. No obstante, ambas publicaciones son bien recibidas, pues representan una aportación más para ilustrar al público sobre un

1. Asa C. Laurell, "Introducción", en Mario Timio, *Clases sociales y enfermedad (Introducción a una epidemiología diferencial)*, E. Nueva Imagen, México, 1979, p. 14.

1. Véase "Contra la medicina tecnocrática" y "Cuando muere Hipócrates", en *Comercio Exterior*, vol. 29, núms. 7 y 9, México, julio y septiembre de 1979, pp. 807-809 y 1031-1032, respectivamente.

problema que no pasa de quedarse en el aire, pese a su gran importancia.

En su trabajo, Pérez Tamayo incluyó de todo un poco: crítica literaria, humorismo, literatura, crítica social y medicina. Empero, deja la impresión de que en todos los tópicos (incluso el de la medicina) se queda a medias. Tal vez si publicara una obra de ensayos consagrados únicamente a la medicina y otra formada por sus inquietudes literarias lograría meterle ganas a todos aquellos temas que le interesan.

Uno de los aspectos que más le preocupan a Pérez Tamayo es el de la investigación biomédica, de la que sólo hay dos categorías: la bien hecha y la mal hecha, que no produce nada nuevo.

El autor señala que de nada sirve el desplante tecnológico que suponen los microscopios electrónicos y los cromatógrafos de gases cuando no se dispone de una crítica positiva y analítica frente a la realidad. La investigación existe sólo en unas cuantas instituciones de enseñanza médica; la gran mayoría se limita a realizar "prácticas" con corazones de ranitas o con la orina de pacientes diabéticos, y los profesores de ciencias básicas que dirigen a los estudiantes sólo disponen de equipos anticuados e insuficientes.

De las 53 escuelas de medicina existentes, no llegan a seis las que pueden demostrar que realizan investigación. Empero, incluso en éstas constituye un verdadero milagro que un alumno se aparezca en los laboratorios.

En cuanto a la investigación clínica, casi no hay nada que decir. A veces, un grupo se reúne para participar en la prueba terapéutica de determinada medicina, patrocinada invariablemente por una trasnacional, o para repetir algún procedimiento quirúrgico introducido en otros países hace más de diez años y que apenas hoy conocen los médicos mexicanos. Para resumir, en las escuelas de medicina de México la investigación casi no existe, ni figura en la enseñanza de la medicina.

Pérez Tamayo señala cómo cada sexenio los gobernantes cambian de objetivos mientras los representantes oficiales rinden informes acerca de sus diferentes listas de problemas nacionales de la salud, como si en cada período sexenal se liquidaran unos y en el siguiente aparecieran otros. Y la verdad es que en México los problemas de la salud y la enfermedad parece que cumplen el papel de la estafeta en una carrera de relevos: se le tiene presente, se reconoce su desgarradora existencia pero pasa de un gobierno a otro sin que disminuya en magnitud. En realidad, afirma el autor, "muchos de los problemas de salud en México se deben a las condiciones higiénicas, socioeconómicas y culturales de la población, y para resolverlas lo que se necesita no es más investigación, sino cambiar estas condiciones, favoreciendo el desarrollo de una estructura social y económica diferente en el país".

Al igual que los médicos italianos, sus colegas mexicanos opinan que en la actualidad hay muchos países en donde "se enferma y se muere de acuerdo con la clase social a la que se pertenece".² Empero, en nuestro país es difícil precisar cuál

es el peor de los males que acosan a las grandes mayorías: la enfermedad, el hacinamiento, la desnutrición, la carencia de servicios de salud. . .

López Acuña, por su parte, opina que la desnutrición es causa de 75% de las enfermedades y muertes de los niños en México. Añade que 31% de los habitantes del país recibe ingresos inferiores al costo de la mínima alimentación, y que no consumen carne, huevos, verduras, fruta, pan ni leche.

Mientras que en los países desarrollados sólo 3% de los niños nace con deficiencia en el peso, en México ese índice llega a 8%. A causa de la sempiterna desnutrición, el promedio de estatura de las madres disminuye de modo permanente. En algunos grupos del medio rural, miden en promedio un metro con 32 centímetros. Como afirma Milton Terris, "las naciones industrializadas están produciendo niños más grandes y altos para economías en las que el trabajo físico se requiere menos cada vez, mientras los países agrícolas están produciendo niños más pequeños y de baja estatura para realizar el agobiador trabajo del campo."³

En 1975, prosigue López Acuña, la tasa oficial de mortalidad infantil de todo el país era de 49 por mil nacidos vivos. Empero, en Tlaxcala y el estado de México era de 76.3 por mil y en Guanajuato y Ciudad Nezahualcóyotl, seguramente la más populosa zona marginada del país, de 87.5 por mil. Más de 50% de estas muertes se debe a enfermedades infecciosas, 20% a complicaciones de parto y mala atención a la madre y al niño; entre los pequeños la octava causa de muerte es, simplemente, el hambre. De acuerdo con el 1978 *World Population Data Sheet*⁴ México ocupa el tercer lugar, después de Guatemala y Ecuador, en mortalidad infantil.

La enfermedad embiste al niño y al adulto por igual, aunque golpea más al primero. En 1975, México ocupaba el octavo lugar en mortalidad por enfermedades infecciosas y parasitarias en América, después de América Central, Ecuador y Paraguay. En ese mismo año, el país ocupaba el cuarto lugar en mortalidad a causa de influenza, neumonía y tuberculosis. En decesos causados por cirrosis hepática México ocupó en esa fecha el segundo lugar, después de Bahamas.

En la mortalidad entre los escolares aparecen otras causas, además de la enfermedad y la desnutrición: los accidentes, en primer lugar, y las lesiones intencionales o accidentales en cuarto lugar.

De los 15 a los 24 años, después de las muertes por accidentes y lesiones (accidentales o no) figuran los decesos por homicidio y lesiones provocadas intencionalmente por otras personas. Cuando se llega al grupo de 25 a 44 años, la muerte por homicidio ya ocupa el segundo lugar, lo cual refleja un aumento en la "capacidad" del mexicano para situarse en el peligro de que lo agreden o de agredir.

México tiene un número de accidentes seis veces mayor que el de Cuba y dos y media veces más grande que el de Estados Unidos. Según la Organización Mundial de la Salud, México ocupa el primer lugar en el mundo en mortalidad

3. Véase Milton Terris, *La revolución epidemiológica y la medicina social*, Siglo XXI Editores, México, 1980.

4. Population Reference Bureau, Washington, 1978.

2. Véase "Cuando muere Hipócrates", *op. cit.*

ocasionada por homicidios. Además, la tasa global por accidentes, envenenamientos y violencias es 80% mayor que la de Cuba y 50% más alta que la de Estados Unidos. Dentro de esta “patología de la pobreza”, hay pocas muertes por senilidad, puesto que casi nadie llega a viejo. Si los grandes grupos humanos marginados de México tuvieran acceso a la medicina preventiva, con seguridad disminuiría en forma notable la gran mortalidad causada por males que hoy son casi absolutamente curables.

Las minorías que se incluyen en la “patología de la riqueza” muestran promedios de vida más largos, padecen pocos males infecciosos y mueren a causa de enfermedades de la vejez o del hartazgo, como arterioesclerosis, hipertensión y diabetes. Los mexicanos viven un promedio de 65 años, ocho menos que los habitantes de 15 países de América.

Dentro de la constante comparación que López Acuña hace entre México, Estados Unidos y Cuba, el primero se encuentra en peor situación que los otros en todos los renglones. Aquí no se ha logrado lo que en Cuba o en China, países que en 20 o 30 años han logrado dar un giro de 180 grados en sus condiciones sanitarias, ni tampoco se han alcanzado transformaciones como las obtenidas por Japón en los últimos 35 años.

Según nuestro autor, hace 50 años se estancaron en México los servicios de salud para las grandes mayorías. Entonces, se preguntarán los lectores, ¿qué hacen los numerosos organismos de asistencia médica en nuestro país?

Algunas instituciones funcionan de acuerdo con el derecho gremial a la prestación de servicios, mediante aportaciones de los trabajadores, los patrones y el Estado. Otras actúan por medio de grupos de atención hospitalaria, como lo harían en cualquier negocio, sujetos al régimen de libre empresa, y otras más son manejadas por médicos que trabajan en forma individual.

Sin embargo, los servicios médicos y asistenciales son insuficientes. Cuando menos 30% de la población carece de servicios médicos de cualquier tipo. La Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA) apenas llega a cubrir 15% de la población que debiera atender; es decir, cerca de 10 millones de personas. Menos de 40% de los habitantes del país recibe algún tipo de atención derivada de las prestaciones de la seguridad social y sólo cerca de 15% recibe los servicios de la medicina privada. En consecuencia, millones de mexicanos carecen de todo tipo de protección médica.

La distribución de los recursos humanos en la medicina funciona sin el menor intento de planeación. Afirma López Acuña que en México el número de médicos por habitante es más de dos veces menor que el de Estados Unidos y Canadá. El número de enfermeras, también por habitante, es diez veces menor que el de Estados Unidos y 13 veces más reducido que el de Canadá. Hay de seis a ocho veces menos auxiliares de enfermería que los existentes en los dos países antes citados y de dos a dos y media veces menos que en otros países de América Latina, como Costa Rica, Chile, Puerto Rico y Uruguay.

Por otra parte, la SSA, que debe prestar ese servicio a 65% de la población del país, sólo dispone de 20% de los

recursos médicos y de enfermería. En cambio, en algunas de las instituciones que funcionan con participación de los trabajadores y del Estado (tales como el IMSS y el ISSSTE) hay casi dos médicos por cada mil derechohabientes. La SSA apenas llega a disponer de 0.5 médicos por cada mil personas.

Esta situación llega a proporciones alarmantes en los estados de Zacatecas, Tlaxcala, Oaxaca, Guerrero, Guanajuato y Chiapas, en donde se dispone de menos de un médico por cada cuatro mil habitantes.

En cuanto a la enseñanza de la medicina, no se está mejor que en la enseñanza en general. Se limita a programas librescos y anacrónicos que incluyen muy poca experiencia práctica. Además, en las aulas escolares y los hospitales sólo se estudian casos excepcionales, no problemas cotidianos. Así, la educación “se centra en la enfermedad y no en la salud”, está divorciada de la realidad y no es científica, en lo absoluto.

Los programas concebidos para los médicos del mañana “son copias de esquemas extranjeros considerados obsoletos en sus países de origen”, aunque eso no es todo: los nuevos médicos se desarrollan en un ambiente de profunda discriminación hacia la medicina general, influidos por la práctica extranjerizante de la especialización. En 1970, por ejemplo, “de 34 107 médicos que había en el país, 14 778 eran especialistas”. E igual sucede con la medicina preventiva, indispensable para resguardar la salud de los escolares y de los obreros y trabajadores que realizan tareas peligrosas o en sitios contaminantes. En consecuencia, desde antes de abandonar las aulas muchos de los futuros médicos se adhieren a la política de no adaptar el servicio que podrían prestar a las necesidades sociales actuales. Ello hace que el conocimiento de los médicos se aplique en forma equivocada, desde que nace en el aula hasta que llega a los enfermos anónimos que logran ingresar en algún centro hospitalario.

Este panorama general de enfermedad, desamparo y muerte prematura de una población depauperada debería obligar a que las autoridades responsables velen en verdad por la salud, física y mental, del pueblo mexicano. Empero, como señala el autor, “la única congruencia presente en los servicios son las necesidades políticas, económicas y corporativas de los grandes grupos dominantes, su insalvable obligación de dar una respuesta mediatizadora a las demandas, expresadas e inexpressadas, de las clases populares.”

Ya es tiempo de dar la voz de alarma, como lo hace López Acuña, acerca de la deficiente o nula atención médica que reciben las grandes mayorías del pueblo mexicano. Los médicos conscientes deberían sepultar para siempre creencias como aquella de que “la ropa sucia se lava en casa”; también deberían abstenerse de explotar esa autoridad que define Pérez Tamayo: “La bata blanca transforma al médico en un meta-individuo que tiene acceso a poderes inaccesibles a los seres humanos no iniciados”; los convierte en “sujetos casi sobrenaturales, en *shamanes*, en doctores”. En cambio, tendrían que aceptar lo que afirma López Acuña: que “la historia social, ideológica e institucional de la salud y la medicina en México está por hacerse”. Asimismo es necesario —añadimos nosotros— revivir aquella relación humana que existía entre el médico y el paciente. Entre otras cosas, el médico de antaño sabía que el hambre del mexicano no se cura con vacunas. *Graciela Phillips*.

obras recibidas

- Alejandro Angulo N. y Pedro Santana R.
La miseria de los partidos. Análisis de las elecciones 1980, Serie Controversia, núm. 84, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), Bogotá, 1980, 100 páginas.
- David Barkin, Gustavo Esteva, Marcos Kaplan y otros
Las relaciones México-Estados Unidos, vol. 1, UNAM-Editorial Nueva Imagen, México, 1980, 249 páginas.
- Martin Carnoy y Jorge Werthein
Cuba: cambio económico y reforma educativa (1955-1978), traducción del inglés de Servi Lola Jaled Díaz, Editorial Nueva Imagen, México, 1980, 158 páginas.
- Centro de Comercio Internacional UNCTAD-GATT
Principales mercados de las setas en conserva, Ginebra, 1979, x + 104 páginas.
- Comité Estatal de Estadísticas
Revista Estadística, núm. 1, La Habana, febrero de 1979, 88 páginas (semestral).
- Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados
Mínimos de bienestar; vol. 1, *Resumen*; vol. 2, *Alimentación*; vol. 3, *Educación*; vol. 4, *Salud*; vol. 5, *Vivienda*, y vol. 6, *Regionalización*, Presidencia de la República, México, 1979 y 1980, xxii + 170; 156; 183; 111; 116 y 139 páginas, respectivamente.
- Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática
Anuario estadístico de los Estados Unidos Mexicanos, 1977-1978, SPP, México, 1980, 703 páginas.
Bases informativas para la utilización del modelo de insumo-producto; t. 1: *Homogeneización de las matrices 1950-1960-1970*, SPP, México, 1980, 245 páginas.
Características de la industria de transformación en México, SPP, México, 1980, 99 páginas.
Características del sector servicios en México, SPP, México, 1980, 62 páginas.
Información sobre gasto público, 1969-1978, SPP-SHCP, México, 1980, 381 páginas.
XII Censo comercial, 1976. Datos de 1975. Resumen General, SPP, México, 1980, 762 páginas.
- Coordinación General del Sistema Nacional de Información
VIII Censo de transportes y comunicaciones 1976 (datos de 1975), SPP, México, 1979, 470 páginas.
- Wieslaw Czyżowicz
Pakt Andyjski (El Pacto Andino), Krajowa Agencja Wydawnicza, Varsovia, 1979, 294 páginas.
- Alvaro de Albornoz
El sistema bancario y la inflación en México. Etapa de 1960 a 1970, ed. del autor, México, 1980, 178 páginas.
- Ma. del Carmen del Valle Rivera
Composición y estructura de la clase obrera en la actualidad. Revisión crítica de algunos autores marxistas (tesis), Facultad de Economía, UNAM, México, 1980, 201 páginas.
- Gustavo Esteva
La batalla en el México rural, Siglo XXI Editores, México, 1980, 243 páginas.
- Demetrius S. Iatridis
Social Planning and Policy Alternatives in Greece. Income Support and Aid to Families with Dependent Children (AIFDC), National Centre of Social Research, Atenas, 1980, 320 páginas.
- Marcos Kaplan
Sociedad, política y planificación en América Latina, Centro de Estudios sobre la Universidad, UNAM, México, 1980, 253 páginas.
- Frances Moore Lappé, Joseph Collins y David Kinley
Aid as obstacle. Twenty Questions about our Foreign Aid and the Hungry, Institute for Food and Development Policy, San Francisco, 1980, 189 páginas.
- Ramón Rivero
El imperialismo petrolero y la revolución venezolana; t. 3, *La OPEP y las nacionalizaciones: la renta absoluta*, Fondo Editorial Salvador de la Plaza, Caracas, 1979, 385 páginas.
- Fernando Rojas H.
El Estado en los ochenta: ¿un régimen policivo?, Serie Controversia, núm. 82-83, CINEP, Bogotá, 1980, 187 páginas.
- Bryan Roberts
Ciudades de campesinos. La economía política de la urbanización en el Tercer Mundo, trad. del inglés de Martí Mur, Siglo XXI Editores, México, 1980, 303 páginas.
- John Saxe-Fernández
Petróleo y estrategia. México y Estados Unidos en el contexto de la política global, Siglo XXI Editores, México, 1980, 177 páginas.
- Secretaría de Programación y Presupuesto
Catálogo de publicaciones oficiales (diciembre 1976-junio 1979), Dirección General de Documentación y Análisis, México, 1980, 294 páginas.
Imágenes de los censos de población y vivienda, México, 1980, 167 páginas.
- SPP-Gobierno del Estado de Michoacán
Manual de estadísticas básicas del estado de Michoacán, Comisión Coordinadora para el Desarrollo del Sistema de Información del Estado de Michoacán, México, 1980, XLIV + 756 páginas.
- David Torres Mejía
Poder, Editorial Edicol, México, 1978, 273 páginas.
- Arturo Warman
Ensayos sobre el campesinado en México, Editorial Nueva Imagen, México, 1980, 216 páginas. □